

ZORAIDA CÓRDOVA

BROOKLYN BRUJAS I

LABYRINTH LOST

minotauro

L A B Y R I N T H
L O S T

ZORAIDA CORDOVA

Título original: *Labyrinth Lost*

© 2016, Zoraida Córdova

Publicado por acuerdo con la autora, representada por BAROR INTERNATIONAL, INC.

© Traducción de Isabel Murillo Fort, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0881-2

Depósito legal: B. 337-2021

Preimpresión: dâctilos

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

*«Sigue nuestras voces, hermana.
Cuéntanos el secreto de tu muerte.»*

CÁNTICO DE LA RESURRECCIÓN

LIBRO DE CÁNTICOS

La segunda vez que vi a mi difunta tía Rosaria, estaba bailando.

Mi madre ya me había advertido a primera hora de la mañana cuando, presionándome la punta de la nariz con un dedo rematado con una uña larga pintada de rojo, me dijo: «Alejandra, cuando llegue el Círculo, mejor no bajas».

Pero por aquel entonces, yo tenía siete años y formulaba infinidad de preguntas. Los domingos, los coches se amontonaban en el camino de acceso a nuestra vieja y estrecha casa de Sunset Park, Brooklyn, llenaban la calle y se perdían de vista incluso más allá de la esquina. Los miembros del Círculo de mi madre normalmente llegaban a casa con platos envueltos en papel celofán, botes con tierra y cubos con agua salobre que hacían que, en comparación, el río Hudson pareciese cristalino. Pero aquella vez llevaban algo más.

En cuanto mis hermanas se quedaron profundamente dormidas, me levanté de la cama y bajé la escalera con sigilo. Las planchas de madera que cubrían el suelo eran irregulares y crujían de vez en cuando, pero yo

era una experta en caminar sin ser oída. La luz amarillenta y neblinosa de la farola que entraba por la ventana de la buhardilla me siguió mientras bajaba los pisos, hasta que por fin llegué al sótano.

A través de las finas paredes se filtraba el murmullo de un canto. Me acuerdo que pensé que debía haber hecho caso a la advertencia de mi madre y volver a subir. En la casa hacía una semana que se respiraba un ambiente de inquietud, y a Lula, Rose y a mí nos tenían prácticamente encerradas en el desván para que no molestáramos mientras los mayores preparaban el funeral. Pero yo quería salir. Quería ver.

La tía Rosaria había muerto una noche sin luna y gélida, justo una semana después del Año Nuevo de las Brujas, como consecuencia de una enfermedad que le había vuelto la piel amarillenta como el papel viejo y las uñas negras como el carbón. Habíamos intentado devolverle de algún modo su belleza. Mis hermanas y yo nos habíamos pasado el día tejiendo amuletos de la buena suerte con peonías, maíz y cordel, un nudo arriba, una vuelta, dos nudos arriba, otra vuelta. Pero ni siquiera los encargados de organizar el funeral, los Magos de la Muerte, habían conseguido recomponer su rostro, que había sido muy hermoso en su día.

La tía Rosaria estaba muerta. Y yo estuve presente en su duelo. Y estuve presente también en su entierro. Pero después vi a mi padre y a otros dos entrando en casa cargando a hombros un bulto envuelto en un paño sucio y comprendí que no podía quedarme en la cama, por mucho que lo dijera mi madre.

En consecuencia, abrí la puerta del sótano.

Una luz roja bañaba los empinados peldaños. Incliné la cabeza hacia la luz, hacia el retumbar rítmico de los tambores y los punteos de las gruesas cuerdas de nilón de la guitarra.

Casi se me paró el corazón al oír un tenue maullido y notar a continuación el roce de unos bigotes contra mi brazo. Me mordí la lengua para no gritar. Pero era simplemente mi gata, *Miluna*, que se quedó

mirándome con los ojos brillantes y me bufó a modo de advertencia, como si quisiera decirme que diera marcha atrás. Pero la tía Rosaria era mi madrina, mi familia, mi amiga. Y quería volver a verla.

—¡Calla! —dije, acariciándole la cabeza.

Miluna se restregó contra mi pierna y echó a correr en cuanto empezaron los cánticos.

Bajé un peldaño en dirección a aquella luz roja y cálida. Se oían voces roncadas invocando a nuestros dioses, los Deos, y pidiéndoles bendiciones más allá del velo de nuestros mundos. La melodía fue arrastrándome, paso a paso, hasta que acabé agazapada a los pies de la escalera.

Estaban bailando.

Brujas y brujos vestidos de blanco, el color del luto, llevaban la cara pintada con los distintos aspectos de la muerte, arcilla blanca y carbón negro para destacar los huesos. Danzaban formando dos círculos —el exterior seguía el sentido de las agujas del reloj, mientras que el interior giraba en el otro sentido—, con las manos unidas y las voces vibrando al ritmo de los tambores.

Y en medio de los círculos estaba la tía Rosaria.

Su cuerpo se convulsionó para impulsarse hacia arriba y su pelo quedó extendido, como si estuviera flotando en el agua. Seguía teniendo la piel parcialmente cubierta de tierra. La falda blanca con la que había sido enterrada se infló alrededor de sus delgadas piernas, y de su boca abierta empezó a salir un humo negro que se entretejió con el círculo de brujos, formando un aro por encima, otro por debajo, luego dos aros por encima y más por debajo. El humo impulsó a la tía Rosaria hacia arriba, cada vez más arriba, siguiendo el ritmo de los cánticos.

De pronto, el humo negro se intensificó y cambió de objetivo. Me había oído. Intenté retroceder, pero las baldosas estaban resbaladizas y patiné en dirección al círculo. Me di de cabeza contra el suelo. El dolor me taladró el cráneo y mi garganta ahogó un grito.

La música se interrumpió. El silencio que cubrió la oscuridad rojiza se llenó al instante con el sonido de respiraciones pesadas, cansadas. Se acababa de romper el hechizo. El cadáver reanimado de la tía Rosaria se volvió hacia mí. Su cuerpo expulsó humo negro y descendió de nuevo hasta el suelo. Sus tobillos crujieron por la fragilidad de los huesos, pero consiguió dar un paso. Sus ojos muertos se clavaron en mí y su boca arrugada rugió mi nombre: Alejandra.

Dio un paso más, pero se torció el tobillo, la articulación se fracturó y la tía Rosaria salió volando. Aterrizó encima de mí. El olor a podrido que desprendía su piel me inundó las fosas nasales y se me llenaron los ojos de tierra del subsuelo.

Oí el chasqueo de lenguas contra dientes torcidos, y acto seguido la pregunta que se formulaban los integrantes del círculo: «¿Qué hace esta niña fuera de la cama?».

Oía a velas recién apagadas y a cera fundida, y el hedor a putrefacción y a aceites perfumados se apoderó de mí hasta que retiraron el cuerpo.

Mi madre me cogió por la oreja y tiró de mí por los dos tramos de escaleras hasta que volvió a meterme en la cama con el grito todavía atascado, como si fuera una piedra, en mi garganta.

—Jamás —dijo—. ¿Me has oído bien, Alejandra? Nunca jamás rompas un Círculo.

Me quedé quieta. Tan quieta que al cabo de un rato mi madre me acarició el pelo, pensando que me había dormido.

Pero no. ¿Cómo podía volver a dormirme? No podía pensar más que en sangre, podredumbre y susurros.

—Algún día aprenderás por qué —dijo mi madre en voz baja.

Y entonces volvió a bajar la escalera iluminada por la lámpara hasta la cálida luz roja donde seguía el cuerpo de la tía Rosaria. Mi madre dio una palmada, retumbaron los tambores, sonaron las guitarras y dijo:

—¡Otra vez!



*«Ola, Divina Madre de los Mares,
transporta esta oración hasta tus costas.»*

REZO DE LA OLA
LIBRO DE CÁNTICOS

Cuando me despierto del sueño, sigo oliendo a muerte. Se me aceleran las pulsaciones y un escalofrío me sacude de la cabeza a los pies. Me obligo a recordar que han pasado casi nueve años desde aquel día, que estoy sana y salva en mi habitación, que son las siete de la mañana y que hoy es un día más.

Es entonces cuando me doy cuenta de que Rose, mi hermana pequeña, está de pie a mi lado.

—Estabas soñando otra vez con la tía Ro —dice, con esa forma de hablar tan suya. A Rose es prácticamente imposible mentirle. No solo por sus talentos especiales, sino también porque habla con una templanza serena y por la mirada implacable de sus enormes ojos castaños. Cuando te mira fijamente, jamás es la primera en apartar la vista—. ¿Verdad?

—Monstruo. —Le acerco la mano a la cara y la empujo para apartarla—. Aléjate de mi cabeza.

—No es culpa mía —dice, y luego murmura—: te apesta el aliento.

Extiendo el brazo para cerrar la ventana que he abierto un poco a media-noche, cuando tenía tanto calor. Pero ahora noto que hace fresco para ser octubre y pienso que será una buena excusa para ponerme mi jersey favorito.

Rose se acerca a mi altar, que tengo instalado en un rincón de mi habitación en la buhardilla, y empieza a tocar mis cosas. Me restriego los ojos para quitarme las legañas y la miro fijamente.

—¿Acaso no tienes tu propia habitación? —pregunto.

Durante el verano, mi madre de repente cayó en la cuenta de que la casa no había cambiado nada en seis años y decidió renovarla. La casa era demasiado grande, estaba demasiado vacía y era demasiado de todo. Además, a mi madre le estaban saliendo canas por tener tres adolescentes peleándose todo el día y que además compartían habitación.

—Siempre oigo tus sueños —dice Rose—. Y me provocan dolor de cabeza.

Rose, la menor de las tres, empezó a adquirir poderes muy temprano. En estos momentos son cosas pequeñas, como caminar dormida e impresiones espirituales, pero la videncia es un don poco habitual en una bruja. En la familia no habíamos tenido nunca la Visión hasta ahora, o, al menos, mi madre no tiene constancia de ello.

—No puedo controlar mis sueños —respondo.

—Lo sé. Pero esta vez me he despertado con una sensación rara.

Se encoge de hombros y pasa el dedo por la gruesa capa de polvo que cubre mi altar. De todas las brujas de la casa, no soy precisamente la ganadora en cuanto al mantenimiento del altar se refiere. Hay una pequeña vela blanca de la que apenas queda nada y las rosas de color rosa que compré en verano han quedado reducidas a polvo. También hay dos fotos, una de mi madre, Lula, Rose y yo en la playa, y otra de mi Ritual de Nacimiento, con la tía Rosaria.

—Lula ha dicho que te despertara —dice Rose, dejando caer entre los dedos el polvo del altar—. Tenemos que preparar ambrosía antes de ir a

la escuela. Y tú podrías también dedicar un momento a limpiar tu altar antes del cántico de esta noche.

—Claro, claro —digo en tono desdeñoso. Remuevo el armario para localizar mi jersey favorito. Intento controlar la oleada de ansiedad que se inicia en mi estómago y sube directamente hacia el corazón—. Tanto tú como yo sabemos que está perdiendo el tiempo, ¿o no? Ya hemos hecho tres conjuros y ninguno ha funcionado.

—A lo mejor este sí que funciona —replica Rose—. Además, ya sabes que Lula no descansará hasta que consiga lo que quiere.

—Es gracioso que nadie me pregunte qué quiero yo.

Rose se dispone a salir de mi habitación, pero se para en la puerta y levanta la barbilla en dirección al caos que reina en mi armario.

—Lula ha estado antes por aquí buscando algo que ponerse, por si te lo preguntas.

—Para variar.

Me exaspero y maldigo mentalmente a mi hermana mayor. Cuando llego al cuarto de baño, está ocupado. Me toca esperar a que Lula deje sus rizos perfectos y luego se pase un buen rato quitándose espinillas.

Aporreo la puerta.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no entres en mi habitación? Se oye el «clic» del secador al desconectarse.

—¿Decías algo?

—Venga. ¡Date prisa!

—¡Haber levantado antes tu culo gordo de la cama! ¡Ya va, brujita! Tenemos que preparar un cántico.

Vuelvo a aporrear la puerta.

—¡Tu culo es más gordo que el mío!

—Tengo hambre —dice Rose.

Salto del susto. Teniendo en cuenta lo mucho que cruje el suelo, no tengo ni idea de cómo lo hace para andar de forma tan silenciosa.

—Ya sabes lo poco que me gusta que te muevas tan sigilosamente detrás de mí.

—No estaba moviéndome sigilosamente —murmura Rose.

Me voy a volver loca. ¿Por qué no puede preparar Lula el desayuno, para variar? Lo único que quiero es darme una buena ducha caliente para despejarme un poco la cabeza. Y luego dejarme llevar por la inercia del día e imaginar que somos una familia funcional de lo más normal. Miro la cara dulce de Rose y me resigno con la carga de ser la hermana mediana.

—Vamos —le digo a Rose antes de aporrear una última vez la puerta del cuarto de baño—. ¡Y más te vale que dejes mi jersey donde lo has encontrado!

Entro en la cocina y saco todos los ingredientes que necesito mientras Rose se sienta a la mesa.

—Dice mamá que si seguís peleándoos así os quitará la voz con un Cántico del Silencio.

—Pues, en este caso, me alegro de que ya se haya ido —murmuro.

Veo un cuenco para cereales y una cuchara en el escurrerplatos, y una vela votiva de color verde al lado del gallo de la suerte favorito de mi madre. La vela hace que toda la estancia huela a bosque y es el único indicio de que mi madre ha estado aquí.

Es lunes por la mañana y mi madre debe de estar ya en el tren rumbo a Manhattan, donde trabaja en el despacho de una ginecóloga. Mi madre, cuyas manos mágicas han traído más bebés al mundo que los médicos recién salidos de la facultad para los que se ocupa de cumplimentar el papeleo, trabaja como recepcionista. Es la vocación de mi madre: traer almas al mundo. Pero independientemente de su vocación, una bruja también debe pagar las facturas.

Cuando intento dar la vuelta a la primera tortita, se me queda pegada a la sartén. Mi vocación no es preparar tortitas, a menos que sea preparar tortitas espantosas, en cuyo caso voy por buen camino.

Rose ya está vestida y esperando en la mesa.

—Quiero esa.

—¿La quemada?

La deslizo en un plato azul y se la sirvo.

—Con sirope y mantequilla está buena.

—Mira que eres rara.

—Por eso me quieres.

—¿Y eso quién te lo ha dicho? —pregunto, sonriéndole y guiñándole el ojo.

Rose se recoge en una cola de caballo su pelo castaño, cargado de electricidad estática; sabe que por mucho que le eche laca o gomina, siempre acaba saliéndole disparado algún mechón. Es una de las gracias de los poderes, y tiene que ver con las cargas adicionales de otros mundos, pero fastidia mucho cuando eres una chica pobre de Brooklyn que estudia en un instituto súper elegante de Manhattan. Rose incluso tiene un uniforme de verdad. Lula y yo nunca tuvimos uniforme. Pero claro, Rose es un genio comparada con nosotras. Lula pasa siempre con aprobados justitos, y aunque yo estoy siempre en el rango alto de la clase, todavía ando con ciertas dificultades un año después de..., después de lo de mi padre. Tengo grandes esperanzas depositadas en Rose, que seguro saldrá adelante perfectamente. Anoche, cuando me acosté, ella aún estaba despierta, leyendo un libro de texto que para mí es tan incomprensible como el Libro de Cánticos de nuestra familia.

Lula baja brincando la escalera, cantando a todo pulmón una canción pop; se ha pintado los labios con un brillo de color rosa. Sus rizos saltan y es como si su entusiasmo alcanzara incluso sus folículos capilares. Su piel de color miel oscura parece dorada bajo la cálida luz de la mañana y sus ojos grises rebosan picardía, a la espera de salir. Su sonrisa es tan radiante que me olvido al momento de que estoy enfadada con ella por acaparar el cuarto de baño, y entonces veo que lleva

puesto mi jersey favorito. El que tiene el color del ponche de huevo y es tan suave que es como si estuvieras envuelta en una nube.

—Quiero formas graciosas —dice, dándome un besito en la mejilla.

—Tú sí que tienes una forma graciosa —replico.

Preparo las tortitas de Lula y esta vez me salen demasiado blandas por la parte central. Le dejo el plato delante con mala gana y separo unas cuantas para mí.

—Pensaba que ya estabais preparando la ambrosía —dice Lula, enfadada, y pienso que no tiene ningún derecho a estar enfadada.

—Alguien tiene que prepararle la comida a Rose —digo, porque es la pura realidad.

Lula mueve la cabeza con preocupación.

—Mamá trabaja muy duro. Lo sabes.

—No he dicho que no trabaje duro —respondo, a la defensiva.

—Déjalo, anda, y pongámonos a ello antes de que llegue Maks.

Lula sale al pasillo y abre el armario donde guardamos el altar familiar, y saca de allí nuestro Libro de Cánticos. El libro contiene todos los hechizos, oraciones e información que nuestros antepasados han ido recopilando desde el inicio del linaje familiar. Cuando el libro queda en mal estado, se repara, y seguimos incorporándole cosas.

—Sí, sobre todo, no hagamos esperar al «capitán pelo engominado» —digo.

Rose se ríe con disimulo, pero una mirada seria de Lula la calla al instante.

—Puedes ir andando a la escuela, si tanto le odias.

Lula resopla y hace una mueca. Maks, el novio de Lula, nos lleva en coche a la escuela cada día. Utiliza demasiada colonia y estoy segura de que ese pelo que lleva, duro como una piedra, infringe alguna ley del reglamento del fútbol, pero mientras siga parando goles, parece que a nadie le importa.

Lula deja el Libro en la mesa de la cocina y empieza a hojearlo. Me pregunto cómo deben de funcionar los desayunos en las otras casas. ¿Compartirán estantería sus condimentos con botes con tierra de cementerio consagrada, o con patas de pollo azul? ¿Rezarán sus madres a los dioses antes de irse a trabajar? ¿Conservarán los huesos de los dedos índices de sus antepasados en saquitos de terciopelo rojo para impedir la entrada de los ladrones?

Ya sé que la respuesta es «no». Este es mi mundo, y a veces desearía que no lo fuera.

Lula aclara el cuenco de metal que he utilizado para preparar la masa de las tortitas y lo deja al lado del Libro.

—¿Puedo ayudar? —pregunta Rose.

—Tranquila, Rosie —dice Lula—. Lo tenemos.

Rose asiente una sola vez, pero se queda allí para mirar.

—Alex —dice Lula—, pon pétalos de rosa a hervir y yo empezaré con la base.

Hago lo que me dice, por mucho que sepa que mi hermana está perdiendo el tiempo, pero es un secreto que me reservo por el momento.

Lula vacía una botella de jarabe de agave en el cuenco y luego incorpora mermelada de frambuesa y media lata de leche condensada. Lo bate hasta dejarlo a punto de nieve y pasa al siguiente paso que indica el Libro. Coge una vela estrecha de color blanco y una pluma de pavo real. Utiliza el extremo duro de la pluma para grabar en la cera nuestro objetivo: «Despierta el poder de Alejandra Mortiz».

Es el cuarto intento de Lula para «despertar» mi poder. La ambrosía es el alimento de los Deos y Lula cree que puede funcionar bien como incentivo para que nos den respuestas. Dudo que los dioses estén interesados en sobornos hechos de azúcar, pero mi hermana es capaz de intentar cualquier cosa. Lula cree en ciertas cosas en las que yo no creo.

—Ya está —dice Lula—. Luego, cuando volvamos a casa y se ponga el sol, debemos encender la vela y entonar el cántico que indica el Libro.

—No lo tengo nada claro, Lula —digo—. Tal vez sería mejor reservar los hechizos para un día en que no esté tan ocupada.

Lula me da una colleja en la nuca.

—Los hechizos son para las hechiceras. Las brujas hacemos cánticos.

—Todo es cuestión de semántica —digo—. Todas las brujas son hechiceras, pero no todas las hechiceras son brujas.

—Eres imposible —murmura Lula, dispuesta a devolver el Libro al altar familiar.

La cocina se llena de un humo dulzón, con aroma a rosas. Apago el fuego y vierto el agua de rosas en un bote de cristal para conserva. Aprovechando que Lula no mira, Rose mete el dedo en la ambrosía. Me muerdo los labios para no echarme a reír.

—Siempre andas diciendo que estás muy ocupada —protesta Lula, resiguiendo con una uña pintada el contenido de la página antes de guardar el Libro—. Eso no es más que la escuela, Alex, pero esto es tu vida.

—Cuando hablas así, cada vez te pareces más a mamá.

—Y tú no te le pareces en nada.

—Nunca me escuchas. Me espera una jornada larguísima. Primero gimnasia, después reunión del consejo estudiantil, luego clase, y más tarde debo preparar un trabajo. No tengo más remedio que aprovechar la hora de comer para acabar de leer *Romeo y Julieta*. Después me toca entrenamiento de atletismo en la pista cubierta, y laboratorio y...

—Oh, vale, para ya, por favor. No me extraña que tengas la magia bloqueada. Da la impresión de que te han metido una escoba por el culo.

—No tengo la magia bloqueada —digo, y me muerdo la lengua.

Lula hace un gesto de indiferencia y sacude el agitador sobre el cuenco para que se suelten los restos de ambrosía. A continuación, reparte el mejunje en dos botes de cristal limpios.

—No entiendo por qué te preocupa más la escuela que tus poderes. Piensas tanto que te estallará la cabeza.

«No entiendes nada», me gustaría decirle, pero no lo hago. Lula no es la que va un año atrasada en sus estudios porque le daba miedo salir de su habitación, a pesar de lo mucho que echaba de menos la escuela. Lula no es la que ha visto o ha hecho lo que he visto y he hecho yo.

—Sé que puede dar un poco de miedo —dice Lula, que extiende la mano para recogerme un mechón de pelo detrás de la oreja—, pero es importante. Despertar tu magia nos ayudará a estar más unidas. Todas sabemos que fuera lo que fuese lo que le sucedió a papá, mamá no ha vuelto a ser la misma. Lo único que necesitamos es un empujoncito y ya verás. No puedes celebrar tu Día de la Muerte hasta que tus poderes salgan a la luz. En menos de dos semanas cumples los dieciséis. Es el momento perfecto. Sé que los otros cánticos no han funcionado, por eso lo volveremos a intentar.

El Día de la Muerte es la ceremonia que marca la mayoría de edad de las brujas. Mientras que otras chicas celebran su *bat mitzvah* o su fiesta de quinceañera, las brujas celebran su Día de la Muerte. No hay una edad tope, pero nuestra magia se desarrolla con la llegada de la pubertad. A veces, como sucede con Rose, cuando naces con poderes, la familia decide esperar un poco a que maduren. Hoy en día, las brujas modernas prefieren hacer coincidir su Día de la Muerte con el cumpleaños para que la fiesta sea aún mayor. No hay nada mejor que desear feliz cumpleaños convocando la presencia de los espíritus de los parientes muertos.

Lula ignora mi preocupación e intenta convencerme de que tiene razón.

—¿Te acuerdas de mi Día de la Muerte? Se presentó incluso Papa Filomeno, y eso que debe de llevar más de cien años muerto. Pasé de curar cortes hechos con una hoja de papel a curarte la fractura del tobillo aquella vez que te caíste del árbol. Llevamos la magia en la sangre. Venimos de un linaje muy antiguo de brujas poderosas.

—Un linaje muy antiguo de brujas muertas, querrás decir.

¿Pero por qué tomarme tanta molestia? A Lula no le apetece oír hablar de las partes negativas del tema. Solo quiere concentrarse en el poder y no en las consecuencias.

—Ahora dices eso, pero la magia te transforma. Ya lo verás.

Respiro hondo, como si en el mundo no hubiera suficiente aire. Me retiro el pelo alborotado de la cara. Para Lula es muy fácil hablar de poderes. Ve la magia como algo que debe venerarse, pero yo, cuando pienso en ella, veo sangre, putrefacción, humo y los susurros que escucho en sueños. Solo puedo pensar en aquello tan terrible que hice. En los secretos que sigo escondiendo a diario a mi familia.

El teléfono de Lula suena tres veces. Maks debe de estar ya fuera.

—Confía en mí —dice Lula—. Y sube corriendo a vestirme. Maks ya ha llegado.

Me dispongo a subir la escalera cuando oigo que Lula grita:

—¡Rose! ¡Esto es una ofrenda!

Rose está relamiendo los restos de ambrosía del agitador y sus mejillas redondas se iluminan con una sonrisa de culpabilidad.

—¿Pero qué haces? La ambrosía es una metáfora de nuestra ofrenda divina. Los Deos no se la van a comer. —Lula levanta la vista hacia el techo y dice—: ¿Pero qué hice yo en mi vida pasada para mereceros a las dos?

—Seguro que fuiste una reina pirata, le robaste un tesoro a Cortés y acabaste abandonando a tu tripulación en las fauces de un montón de tiburones sedientos de sangre —dice Rose—. Y nosotras seremos tu castigo en todas tus vidas futuras.

Lula la mira con exasperación.

—Me parece excesivo.

Las dejo y subo corriendo a vestirme.

No puedo creer que me haya dejado convencer por Lula para hacer otro cántico. Aún no he aprendido a decirle que no. Y me gustaría cono-

cer a alguien que fuera capaz de hacerlo. Sé que si no me ando con cuidado, acabarán pillándome. Los cánticos que Lula elige son inofensivos, a menos que la intención sea atraer hormigas con la ambrosía. Pienso que a lo mejor podría quedarme más rato en la escuela al terminar las clases y volver a casa cuando ya haya anochecido. Sé que Lula se enfadará, pero, de todos modos, siempre se enfada conmigo por cualquier cosa.

Noto una fuerte tensión en el pecho y me apoyo en la pared para serenarme. Hoy algo parece distinto. Incluso Rose lo ha notado.

Oigo que Lula grita y que Maks toca el claxon. Por la ventana entra una gélida brisa que tumba una de las fotos que decoran mi altar. La de la tía Rosaria. En la imagen, la tía Ro está viva y sonríe. Lleva un vestido azul como el cielo en verano y sostiene en brazos a un bebé que no para de llorar. La foto está tomada pocos días después de mi nacimiento; mis padres eligieron a mi tía como madrina de mi Ritual de Nacimiento. Así es como quiero recordarla. Viva. Sin pudrirse. Devuelvo la fotografía a su lugar, al lado de mi *prex* de turquesas —el rosario que utilizan las brujas— y el taquito de vela que hace meses que debería haber sustituido.

Siento un dolor interior.

—Te echo de menos. Mamá se está volviendo más loca cuantos más días pasa sin ti.

Me visto con unos vaqueros, una camiseta simple de color gris y me pongo el reloj. Me recojo el pelo en una cola de caballo y me miro en el espejo. A veces temo que llegue un día que me despierte y se me note la magia. A Lula se le nota. Está radiante, impresionante. Camina con la cabeza muy alta y con un aire de suficiencia porque sabe que todo el mundo se vuelve a su paso.

No estoy celosa ni nada. Lula es la belleza de la familia y estoy conforme con ello. Rose es la especial, y también estoy conforme con ello. Y yo no sé todavía muy bien qué soy, pero de lo que estoy segura es de que no he nacido para ser bruja.

Cojo la mochila y compruebo una vez más que lleve todo lo que necesito. Otra ráfaga de viento tumba de nuevo la foto de la tía Ro y levanta el polvo. Tendré que limpiar un poco cuando vuelva a casa. El altar de Rose tiene una foto de nuestro padre y una estatuilla de La Estrella, Señora de la Esperanza y de la Luz del Mundo. El altar de Lula es la única parte limpia de toda su habitación. Es un homenaje a La Ola, Señora de los Mares y de las Mareas Cambiantes. Lula tiene un *prex* con piedras de todo tipo, además de tener plumas y velas que va cambiando según el ciclo lunar. Sus rezos son casi siempre para pedir que le pongan buenas notas y para que Maks pare muchos goles.

Yo no pido nada. Ya no.

Pongo una vela encima de la foto de la tía Ro para que no vuelva a salir volando, pero cuando me acerco a cerrar la ventana descubro que no está abierta.

Un tercer golpe de viento.

Noto que alguna cosa se remueve en mi interior y tengo que aguantar la respiración para contenerla dentro. Es mi culpabilidad. Es lo que estoy escondiendo a mi familia, es lo que me convierte en una mentirosa todos los días. Sé perfectamente bien por qué los cánticos de Lula para despertar mis poderes no funcionan. Lula piensa que mis poderes siguen dormidos.

Pero se equivoca.

Noto los secretos palpitando en mis venas y, a su vez, lucho para esconderlos en lo más profundo de mí, en un lugar donde espero que un día ni siquiera sea capaz de encontrarlos.